

## UNA MADRE<sup>1</sup>

1958

FERNANDO ROMERO

(peruano)



**L**as crías la esperan. Tiene que volver al nido. Los hombres la odian, como si ella tuviera la culpa de que sus glándulas elaboraran veneno. Porque lo sabe comprende que arriesgará la vida si se atreve a reptar bajo los tambos ahora llenos de gente.

—Yo soy el colonel...

—¡No, Martín: a mí me toca!

—Tatachín... Chin... Chin...

—De frente... ¡Marchen!

La jergón continúa indecisa. Enroscada en una rama e inmóvil, mira el puesto sin encontrar camino apropiado para pasar, porque los hacendados han rozado la porción de monte que quedaba entre el último tambo y la cocha. Por allí vino en la mañana, pero la situación ha cambiado: lo que al amanecer eran matas de arbustos ahora es campo despejado donde juegan los muchachos y dormitan los perros de olfato fino y de ojo avizor.

Piensa en volver a la cocha y en cruzarla nadando. Mas no, ahora encuentra una solución mejor: dar la vuelta por el barranco que está desierto. Como la noche ha cerrado ya oscura, no la van a distinguir.

Hermosa y fuerte, repta derechamente luciendo las manchas doradas que tachonan sus escamas negras y relucientes. Su arrastre rápido y suave va dejando tras sí una como estela de polvo ligero. Erguida la cabecita, escudriña con cuidado las sombras.

Le falta poco para alcanzar el monte cuando el ruido de un sirenazo que viene del río la detiene. La señal provoca movimientos y voces en los tambos que todavía le interceptan el camino.

—Crisóstomo... Crisóstomo: es la «Melita»

—¡Apúrate! Dile que sí tenemos leeeña.

---

1 Tomado de Romero (1958).

Dos individuos avanzan de la choza más próxima llevando faroles en las manos. La luz le permite ver que a las puertas de las casas se ha asomado mucha gente. Midiendo con la mirada la distancia que la separa de los árboles más cercanos, se dice que no tiene tiempo de pasar antes que los hombres. Tampoco se atreve a volver atrás porque oye que vienen los niños curiosos y los perros ladrones. La luz del farol se acerca. En el único sitio que puede encontrar refugio es entre las rajas de leña que quedan a su izquierda. Rápida y silenciosa se desliza entre ellas y permanece muy quieta.

Más faroles y más hombres, esta vez en torno de la leña entre la cual se oculta.

—Hay tres mil rajas bien contadiiitas...

—Te doy veinte centavos menos por el ciento. No me parece que toda fuera capirona.

—¡A pucha! Capirona toditita es... A uno diez te la darééé, pues.

—Bueno, hom... Yastá... Da Silva, Legufa, Morey, Lima, Pichuno: comiencen a cargar.

De la lancha vienen varios muchachotes semidesnudos y fuertes, y empiezan a llevarse al hombro la leña arreglada en el barranco, mientras unos parlotean y otros cantan.

—«Chupito»: ¿qué me dices de los caimitos de la questá con traje celeste?

—¡No vaaale!... Me gustan más la vieja questá recostada en la hamaca.

Los montones de leña bajan de tamaño primero; luego desaparecen. La jergón comprende el peligro pero no puede hacer nada. Piensa en sus crías, en los hombres, en los faroles que la rodean.

Allá, en las playas del Ucayali,

Hay un cadáver, ¿de quién será?...

—¡Déjate de tristes, hom...! Cántate un tanguíño. Ese de «sandaliñas doro pra dar al que nun ten»...

Ahora empiezan a deshacer el montón donde está escondida. Ella comienza a huir de la muerte deslizándose entre los intersticios que dejan las rajas, cada vez más abajo, más abajo.

Ya no puede avanzar más. Los leños están tan pegados uno al otro en la hilera a que ha llegado, que su cuerpo no cabe por la luz que queda entre ellos. Presiente que el fin se acerca y espera. Una mano robusta y bermeja la coge junto con la raja de leña. Ella se vuelve y le clava la lanceta.

—¡Ayayau! Víbora... Víbora... ¡Lo que me mordió!

La jergón ha comenzado a huir velozmente. Dos hombres la alcanzan, palo en mano.

—Toma, ¡jijuna!

Salta, se contrae y se queda quieta y extendida con su metro y medio, orinegra y aún temible. No está muerta, pero todo zumba extrañamente en torno: la tierra, el viento, las voces de los enemigos.

—¡Lígale el brazo!... Ahura chúpale fuerte el mordisco.

—Toma la cachaza. Anda, tómalala seguido nomás...

—¿Quién ha ido por la curarina?

Debe escapar. Aún tiene fuerzas.

Comienza a reptar lentamente.

—¡Mira, la maldita! Todavía se mueve...

Le destrozan la cabeza a leñazos y la arrojan al río.

En el nido, las viboritas esperan a su madre.

